



EL ECO DE CARTAGENA

AÑO XXXIX

DECANO DE LA PRENSA DE LA PROVINCIA

NUM 11501

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

En la Península.—Un mes, 2 ptas.—Tres meses, 6 id.—Extranjero.—Tres meses, 11'25 id.—La suscripción se contará desde 1.º y 16 de cada mes.—La correspondencia á la Administración

REDACCION Y ADMINISTRACION MAYOR 24

VIERNES 7 DE JULIO DE 1901

CONDICIONES

El pago será siempre adelantado y en metálico ó en letras de fácil cobro.—Corresponsales en París, A. Lorette rue Caumartin 61; y J. Jones, Faubourg-Montmartre, 31.

DE FESTEJOS

Con la urgencia que el caso requiere, porque el plazo se va reduciendo, ocupase la Junta popular de festejos en ultimar detalles. Para los que no están en interioridades y desconocen los mil y mil obstáculos que ha habido que vencer para llegar á la confección del programa, la labor de esa Junta ha sido tarea fácil, que no traspasa los límites de las cosas sencillas; pero los que por nuestro cargo...

Asistiendo á las sesiones, para tomar notas que servir al público, más de una vez quedamos sorprendidos al escuchar propuestas de festejos que eran para nosotros deseos perfectamente irrealizables. Y lo hubieran sido si la Junta se compusiera de otros hombres; pero, por fortuna, hay en todos ellos voluntad y decisión y se realizaron los festejos con arreglo al programa, pese á los mil obstáculos con que se ha tropezado en la organización de alguno de ellos.

La velada marítima será verdaderamente fantástica y dejará grato recuerdo en cuantos la presenciaron. Trabajan para hacerla más magnífica numerosos obreros y son tantos los barcos que irán al concierto y tienen tanta fama de buen gusto los dueños de las embarcaciones, que no quedará desierto ni uno solo de los premios ofrecidos. El concurso de carrozas está ase-

gurado. Parecía al principio que estaría poco concurrido; pero no solo optarán á los premios las que se están adornando en esta población, sino varias que han llegado de fuera y otras que vendrán.

La verbena... parecía locura querer celebrarla. Se necesitaba para ello muchos miles de luces. Sin embargo, se celebrará, iluminando toda la alameda con seis líneas de faroles que suman seis kilómetros y llamará la atención de las gentes que vengan á ver los festejos.

Los juegos florales será un acto solemne. Programa, jurado, manifiesto, con todo cuenta ya la Junta y nada ha de faltar en esa cultísima fiesta, en la cual hara gala de su oratoria tribunicia, el distinguido exministro honra de la tribuna española, Sr. Canalejas.

La batalla de flores será sin duda espléndida, no obstante la contrariedad de que casi al mismo tiempo se celebrará otra en la ciudad del Cid; pero como se han vencido todos los obstáculos, se vencerá ese que ofrecera la escasez de flores para la batalla.

En resumen: la labor de la Junta es muy digna de elogio; á ella deberá Cartagena la satisfacción de ofrecerse á los forasteros á la altura de otras poblaciones de superior rango y por ello bien merece el aplauso y la gratitud de los cartageneros.

TIJERETAZOS

Ya lo saben ustedes, el ministro de Hacienda está dispuesto á hacer economías pero de clase infima.

Unas tres pesetas y algunos centimos.

Sin embargo, creo yo que el ministro en su manía cederá, porque si no va á haber mucha algarabía. No van á querer pagar

estos, aquellos, los otros y se va á desesperar el ministro con nosotros. Y al cabo puede ocurrir que, sin ganas de ceder, le obliguen á dimitir los que no quieren pagar.

El ministro de la Guerra también se muestra intransigente.

Esta señor Polavieja es incansable en lo de dar disgustos.

¡Y si al menos los tomara él! Pero no, cuando se altera un poco, se meste en cama, suda el berrenchin y al día siguiente no hay quien lo resista.

¡Dios mio qué hombre!

Muchos serán los políticos; pero si los que no lo son están á la altura de donde García, renunciemos la parte de felicidad que nos ofrecen.

Es muy cara.

Dice un periódico que lo ocurrido en Barcelona es debe á manejos de los polaviejistas, que han roto unos cuantos cristales para amenazar á los obreros.

¡Y puede que sea verdad! Pero señor, será posible que en otras ocasiones se petrifica la conciencia?

CRÓNICA PARISIENSE

El teatro gratuito.—El público.—Las blusas rojas.—Toucí monstruo.

Los grandes teatros de París abren de cuando en cuando sus puertas gratuitamente al público y este acude por oleadas á coleccionar las obras clásicas, lo mismo de Molière que de Rossini, del clásico ó del moderno repertorio.

El domingo último, al pasar junto á la Gran Ópera vimos la multitud heterogénea de burgueses é hijos del pueblo, apilados ante la gran escalera de honor, esperando la representación gratuita de la *Burgonde*.

El público culto, el público libre, al ascender los escalones de aquel pórtico de honor que conduce al templo del arte, nos hacía vislumbrar una gloriosa y simbólica apoteosis.

¡Cuántas reflexiones se nos vienen á la mente!

El pueblo de París, como sus cerebros y sus debates y, nosotros, humildes croniquero de un pueblo tan grande, nos sentimos electrizados por su admiración del arte; pero no podemos dar libre curso á nuestro pensamiento, no debemos decir aquí cuanto pudiéramos.

Al ver aquel hermoso espectáculo en los umbrales de la Ópera, comprendo las ocasiones en que un hombre debe romper sobre las emborronadas cuartillas este pedazo de acero que se mueve en nuestra mano, guiado por nuestro pensamiento y que de tan poco vale, cuando no es capaz de inquietar á sus compatriotas los nobles, las grandes ideas de los grandes pueblos.

CRÓNICA

Mientras se corría el gran premio ciclista, en el interior de esas alamedas ofrecen á los obreros placidos paseos cubiertos de sombra y alombados de sus flores. El domingo de las fatigas de la semana, muchos obreros permanecen en París, para oír gratis una música y poema.

Hay que ver esa muchedumbre abigarrada, cuando se abren las puertas del teatro.

Los espectadores van penetrando ordenadamente en la sala y, como una marea alta, van llenando las localidades, desde el patio hasta el paraíso.

Esta clase de público es muy inteligente y suolo ser muy apreciado por los grandes artistas, quienes asoman en mucho sus aplausos.

El pueblo parisiense ama el teatro desde la infancia y si no, véase la gran avenida de los Campos Eliseos.

En un rincón especial de aquel maravilloso paseo, único en el mundo, los teatrillos de Guignol al aire libre, son la delicia de los niños y el encanto de los papás.

Son dignas de recordarse aquellas escenas primitivas, bajo las hojas verdes de las plátanos, teatrillos de madera coronados con la bandera tricolor, ante los cuales todo un pueblo de cristianos se agacha, con las sonrosadas mejillas abiertas, las tonterías y los *drámas* de los fantoches.

Hacen bien los papás en iniciar á sus hijos en ese género de manifestaciones, porque mañana ellos serán los fantoches de la vida y cada cual representará su papel en la comedia humana.

En todo el espacio que ha de ocupar la Exposición de 1900 reina febril actividad y desde la Concordia al Trocadero se trabaja día y noche sin reposo y con ahinco.

De los numerosos equipos de obreros el que más ha llamado nuestra atención, tanto por lo original del traje como por la sencillez de sus herramientas, es el equip ruso, compuesto de treinta hombres fornidos, magníficos ejemplares del pueblo ruso y de los hijos de la Siberia.

Su traje consiste en una amplia blusa escarlata, un cinturón de cuero, unos calzones anchos, ceñidos á las pantorrillas por altas botas y una gorra de astrakan que les recoge las orejas, melenas.

Por toda herramienta, los carpinteros tienen un macho que les sirve de sierra, de cuchillo y de martillo.

La Exposición del Asia rusa ocupará una gran extensión á las orillas del Sena.

Entre los grupos del imperio ruso elevase un gran masill encarnado, en cuyo extremo se levanta una gran cruz dorada; los obreros, antes de dar el primer piquetazo han entonado su tradicional *Te Deum* y han brindado por el Emperador.

Pronto el pueblo de París ha bautizado á esos robustos tipos con el nombre de los *bhustar-rojas* y ha fraternizado con ellos y han bebido juntos en honor de la alianza.

Todos esos obreros están sujetos á cierta disciplina militar, descansan cuando el capataz lo dice, trabajan sin tregua y fuman como enanos.

Dentro de la empalizada tienen todo lo necesario para la vida; cantina, camas, capilla ortodoxa, médico, etc.

Todos ellos trabajan al mismo tiempo que canturrean un monótono refrán, algo así como un himno melancólico que les anima y les estimula.

De cuando en cuando uno de los obreros, va de grupo en grupo y ofrece á los demás un vaso de vodka, la bebida nacional de los rusos, muy parecida al aguardiente sin bajar.

Los *bhustar-rojas* trabajan tranquilamente, chupan el fuerte tabaco de la pipa y no ven á capataz ni monotonía, ocupándose en su tarea sin pitar.

— Señor, señor, dijo este: Dios me ha dado esa habilidad de que yo no he usado nunca para hacer daño á nadie, y la prueba es que he sido durante muchos años un pobre pretendiente, que lo soy todavía que he pasado muchas miserias, y que bien podía haber ganado montes de oro si hubiera usado de mi habilidad; yo no tengo la culpa; Ursula lo puede todo conmigo, todo: salvarme ó perderme; ella, ella ha sido, yo soy muy desventurado.

— Este pobre hombre, señor, dijo la princesa, pretendía y pretendiendo aun una escuela de gramática en la universidad de Salamanca; yo os la pido para él.

— Concedido, dijo el rey; aunque el lugar digno de ese bríben no es la universidad de Salamanca, sino el presidio.

— ¡Oh! no por Dios, señor! exclamó Marcos Calderon.

— Hoy mismo se os dará vuestro nombramiento, dijo la princesa, y mañana partireis á Salamanca para tomar posesión de vuestra cátedra.

En otra ocasión, esto hubiera pasado de felicidad al bachiller; es decir, si hubiera podido llevarse consigo á Salamanca á Ursula; pero entonces, le llenó de amargura. Ursula se quedaba en Madrid y Calderon se helaba de espanto al solo pensamiento de estar separado de ella, de no verla; pero se veía

obligado á aceptar aquella cátedra que tanto había deseado, y que, al tenerla, se había convertido para él en un castigo.

— ¡Idos, dijo la princesa; quien os ha traído cuidará de poneros en disposición de hacer el viaje y de presentaros decentemente en la universidad.

Marcos Calderon salió vacilante como un ebrio.

— Preguntadme ahora, dijo con una severa altivez la princesa al rey, en cuanto quedaron solos, si he tenido razon en mandar que maten á de la Chauxmiere.

— ¡Ah! hasta cierto punto tenía el pobre disculpa; si estaba enamorado de doña Esperanza de Austria...

— Se debía todo á vuestra majestad.

— Sí, sí, ciertamente; pero las pasiones....

— Al que dejándose arrastrar por sus pasiones puede causar grandes males, se le inutiliza.

— Sois terrible, dijo Felipe V, completamente dominado por la princesa.

— Yo soy la víctima de mi lealtad hacia vos, dijo esta: me he justificado cumplidamente ante vuestra majestad; pero no puedo justificarme del mismo modo delante de todo el mundo: soy desgraciada; he sido muchas veces víctima de traiciones, de calumnias semejantes á esta; se me han atribuido amantes

de Austria; Enríquenos allá á doña Esperanza para ganar tiempo, para evitar que nos surta un castigo más fuerte, pero que la primera...

— Bien, bien, dijo el rey: por mi parte convenido; pero es necesario que contéis con la misma reina: doña Esperanza es su dama de honor, y yo, yo lo habéis, no me meto nunca en lo que pertenece al darto de su majestad; hacéis de mí lo que queréis; cada día os amo más, y cada día más sin esperanza; adios Ana María; adios; todoo mucho tiempo que estamos al lado fuera de palacio y no quiero que se sospeche nada de mí; que se fortalezca el castillo y con él en posesión de sí misma...

— ¡El rey salió precipitadamente, como quien huye!

— Ahora estoy más segura que nunca, dijo la princesa; he ganado terreno; pero es necesario luchar: tal vez en otro combate no seré tan afortunada. ¡Esa mujer!... esa terrible mujer!... ¡cómo he guardado bajo sus tocas de beata la altivez y la agerria de su alma!

La princesa de los Ursinos salió profundamente pensativa de la casa del Rey, se metió por uno de los senderos, encontró al fin de una calle de Anbeles una carroza, y se hizo conducir á palacio.

